

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2021. nº 21. Texto 24: 357-370

Universidad de Jaén (España)
ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v21.6183>

Recibido: 27-02-2021 Admitido: 08-07-2021

Hombres cabrones y responsables. Identidades masculinas en el noreste mexicano

Oscar Misael HERNÁNDEZ-HERNÁNDEZ

El Colegio de la Frontera Norte
ohernandez@colef.mx

Cabrones and responsible men. Masculine identities in the Mexican northeast

Resumen

El objetivo de este artículo es mostrar la construcción de identidades masculinas entre hombres y mujeres que residen en un asentamiento urbano-popular de una ciudad del noreste de México. A partir del descubrimiento etnográfico de dos etiquetas o clasificaciones populares sobre los hombres –como *cabrones* y *responsables*–, se explora el abanico de significados y prácticas sobre ser un hombre, encontrándose que dichas etiquetas no constituyen un binarismo de las identidades masculinas, sino más bien convenciones que tanto mujeres como hombres elaboran y que adquieren diferentes matices en torno a la sexualidad, el trabajo y la paternidad.

Abstract

The objective of this article is to show the construction of masculine identities among men and women who reside in an urban-popular settlement of a city in northeastern Mexico. From the ethnographic discovery of two popular labels or classifications about men –as *cabrones* and *responsible*–, the set of meanings and practices about being a man is explored, finding that these labels do not constitute a binary of masculine identities, but rather conventions that both women and men elaborate and that acquire different nuances around sexuality, work and parenthood.

Palabras clave

Identidades. Masculinidad. Sexualidad. Trabajo. Paternidad
Identities. Masculinity. Sexuality. Work. Fatherhood

Introducción

Varias disciplinas han abordado el estudio de los hombres y las masculinidades, ya sea desde la perspectiva histórica, psicológica, sociológica o antropológica. Respecto a ésta última, los estudios sobre la cultura y relaciones sociales en distintas sociedades han sido importantes. Específicamente, la aportación de la antropología social al estudio de la masculinidad, radica en la comprensión de la participación de los hombres –y las mujeres– en la reproducción de las relaciones sociales dentro de estructuras de poder y simbologías; asimismo, ha constatado que las convenciones sociales sobre masculinidad y feminidad asumen diversas formas a través del tiempo y en distintas culturas (Montesinos, 2002: 77).

En el contexto latinoamericano, Viveros Vigoya (2003: 88) apunta que los ejes temáticos que han orientado los estudios sobre masculinidades son: “la construcción de la identidad masculina; la paternidad: prácticas y representaciones; los ámbitos de homosocialidad masculina y los estudios sobre salud reproductiva y sexualidad masculina”. Para el caso mexicano, los estudios sobre las masculinidades han tocado diferentes temas tales como la paternidad, la violencia, el consumo de alcohol, la homosexualidad y el machismo en general (Brandes, 2004; Gutmann, 2000; Minello Martini, 2001; Núñez Noriega, 2000; Ramírez Solórzano, 2002, entre otros).

Como se observa, tanto en América Latina como en México, los estudios sobre los hombres y las masculinidades han avanzado notablemente en un intento por conocer las formas de ser y hacerse hombre. Aunque ha habido logros notables en el estudio de las masculinidades, pienso que no todo está dicho, pues se requieren reflexiones tanto heurísticas como empíricas para profundizar (Minello Martini, 2002: 21). Es necesario, entonces, mayor investigación antropológica, histórica, sociológica, etc., que permita avanzar en el conocimiento de los hombres desde el prisma del género, como “seres dotados de género y productores de género” (Viveros Vigoya, 2003: 83), es decir, lo que interesa es estudiar a los hombres “como hombres”, como seres genéricos.

Aún con los avances en los estudios sobre las masculinidades, considero que poco se sabe de cuestiones cruciales ligadas con diferentes formas de ser y hacerse hombre en diversos contextos sociales, económicos y culturales. ¿Cómo hombres y mujeres construyen y significan las identidades masculinas en distintas regiones?, ¿cómo se representan entre hombres y mujeres en la vida cotidiana?, ¿cómo son negociadas en diferentes ámbitos y situaciones de interacción social? Mientras no se indague la construcción y significados de las identidades masculinas en contextos históricos y culturalmente específicos, poco se sabrá sobre las múltiples y contradictorias formas de ser, hacerse hombre, incluso dejar de serlo culturalmente.

Este trabajo constituye un esfuerzo por abordar interrogantes como las antes planteadas. Aquí presento resultados en torno a lo que significa ser hombre para los hombres y las mujeres que residen en un asentamiento urbano-popular de Ciudad Victoria: una ciudad situada al noreste de México, frontera con Estados Unidos. La motivación surgió al hacer trabajo de campo sobre el tema y escuchar a algunas mujeres (y hombres) tildar a algunos hombres de *cabrones* y a otros de *responsables*, aunque con significados difusos para mí en ese momento. Ante esto, este estudio tiene un enfoque etnográfico para comprender las identidades masculinas en dicho asentamiento urbano-popular, desde una perspectiva relacional y situacional de género.

El objetivo central es, por consiguiente, conocer cómo hombres y mujeres, en diferentes momentos de su vida, ámbitos y situaciones de interacción social, han construido, significado y negociado las identidades masculinas. Argumento que en este proceso continuo, tanto hombres como mujeres evocan convenciones sociales, ideales de género para medir y clasificar las actitudes y comportamientos de sí mismos y de otros hombres y mujeres, de sus relaciones de género cotidianas (Wainerman, 2002). Así, las identidades masculinas se construyen constantemente y hombres y mujeres les asignan múltiples significados en diferentes momentos, espacios y situaciones.

Teorizando las identidades masculinas

Cierto es que, como señala Córdova Plaza (2003: 32), hoy día “afirmar que las relaciones asimétricas entre mujeres y hombres son producto de elaboraciones socioculturales y no

resultado de la biología, no entraña ya novedad alguna para quienes se interesan en su estudio". Entonces, ¿para qué estudiar cómo se construyen y significan las identidades masculinas o las femeninas? Pienso que, dadas las variaciones históricas, culturales y regionales, es importante conocer las convenciones, identidades y relaciones de género, especialmente cómo son construidas, significadas y negociadas continuamente entre hombres y mujeres, hombres entre sí, y mujeres entre sí.

Visto así, no hay que dar por hecho lo que significa ser hombre o mujer basados solamente en los genitales, ni generalizar sobre las diferencias (y similitudes) relacionadas con la sexualidad (Gutmann, 2000: 34); ya que las diferencias entre hombres, mujeres, hombres y mujeres son construidas en una variedad de formas y hombres y mujeres les asignan significados múltiples y, algunas veces, hasta contradictorios. Tanto hombres como mujeres construyen y significan las identidades y relaciones de género, pero también continuamente las negocian en su vida social. Como señalan Conway, Bourque y Scott (1996: 23), los individuos rechazan y reinterpretan las designaciones normativas de género.

Mi interés en estudiar las identidades masculinas en un asentamiento urbano-popular del noreste de México consistió no solamente en conocer a los hombres como hombres, sino como sujetos inmersos en y productores de convenciones y relaciones de género. Entonces, el género no es un atributo personal de los hombres o de las mujeres, sino una construcción social constante, cotidiana y repetitiva de interacción social de y entre las personas (West y Zimmerman, 1991). Estudiar a los hombres como amigos, esposos, padres, amantes o trabajadores, por tanto, fue una vía para conocer la construcción y significados de las identidades masculinas, así como las negociaciones de género que se dan en diferentes momentos, espacios y situaciones de interacción.

Las categorías hombres *cabrones* y hombres *responsables*, por ejemplo, son construcciones sociales de lo que significa ser un hombre; hasta ocultan un cúmulo de saberes, discursos, prácticas sociales y relaciones de poder entre hombres, mujeres, hombres y mujeres. A primera vista, hombres *cabrones* y *responsables* son categorías de género aparentemente contradictorias, mas no es así; ambas son incluyentes y constituyen lo que Núñez Noriega (2000: 29) llama "poder de la representación", es decir, una gama de valoraciones y concepciones compartidas que organizan las prácticas cotidianas, califican las acciones e intenciones de lo que somos, hacemos o dejamos de hacer como hombres o mujeres.

Desde esta perspectiva, las identidades masculinas se articulan en relaciones sociales de poder y desigualdad entre hombres y mujeres en diferentes momentos ámbitos y situaciones de interacción social. Joan W. Scott acierta al decir que "el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder. Podría mejor decirse que el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder" (Scott, 1996: 292). Categorizar culturalmente no es propio de los antropólogos: los habitantes de sectores urbano-populares también construyen clasificaciones sobre las identidades de género, aunque no son muy transparentes por los múltiples significados que enuncian ni por las complejas relaciones de poder que engloban.

Desde una perspectiva relacional, entonces, los estudios de género prestan particular atención a los sistemas simbólicos, es decir, a las formas en que las sociedades representan el género, hacen uso de éste para enunciar las normas de las relaciones sociales y para construir el significado de la experiencia de los individuos. No en balde, para Joan W. Scott (1996: 282), "sin significado no hay experiencia y sin procesos de significación no hay significado". Puesto que las masculinidades son convenciones sociales de lo que significa ser hombre, éstas definitivamente remiten a las identidades, es decir a concepciones simbólicas que hombres y mujeres elaboran para diferenciarse entre sí.

Desde la antropología, la identidad es una estrategia simbólica de representación de sí, opuesta a las representaciones de otros ya que se rechaza el esencialismo (Lara Flores, 1991: 28). Las identidades de género, entonces, son niveles particulares de estructuración, reconocimiento e identificación personal de y entre hombres y mujeres. Ante esto es que aquí se alude a identidades masculinas y no sólo a masculinidades. Como construcciones simbólicas, las identidades de género son procesos dinámicos. Es decir, hombres y mujeres son tales a razón de su historia, de los productos culturales, de sus prácticas sociales y de los significados que les atribuyen

continuamente (Aguado y Portal, 1991: 32). Así, las identidades masculinas pueden considerarse como “un conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros, y con nuestro mundo” (Kimmel, 1997: 49).

A diferencia de Gutmann (2000: 43), mi definición de las identidades masculinas no solamente se basa “en lo que los hombres dicen y hacen *para ser hombres*”, sino también en lo que las mujeres opinan de lo que los hombres dicen y hacen para ser hombres. Categorías culturales tales como hombres *cabrones* y *responsables*, por ejemplo, son construcciones sociales que tanto los hombres como las mujeres elaboran y les asignan diversos significados. A priori, estas categorías denotan identidades masculinas binarias entre los hombres y diferencias culturales matizadas entre hombres y mujeres, pero como antes señalé, constituyen representaciones de género ambiguas.

Las actuaciones cotidianas de los hombres pueden identificarlos ante otros hombres y mujeres como *cabrones* a la vez que como *responsables*, es decir, los hombres no son encasillados en una sola categoría puesto que sus actuaciones son variadas y representadas de diversas formas por otros hombres y mujeres. Por otro lado, las diferencias culturales entre hombres y mujeres son relativas, ya que, si ser *responsable* es una etiqueta para aquellos hombres que son proveedores, ¿Qué hay de las mujeres que contribuyen a la economía familiar o que no tienen pareja y son jefas de hogar?, y si ser *cabrón* significa, entre otras cosas, ser mujeriego, ¿cómo definir a las mujeres que tienen amantes? Esto sin duda da mucho en qué pensar.

Pienso que al tratar las identidades de género hay que analizar lo que significa ser hombre y ser mujer en términos históricos y culturales, puesto que las identidades de género, al igual que otras identidades, no son estáticas ni homogéneas. En este estudio sobre la construcción y significados de ser un hombre, ubico las identidades masculinas en su contexto histórico y formación sociocultural, esto es, no generalizo los significados de ser hombre para los hombres y las mujeres de un asentamiento urbano-popular a otros contextos y, mucho menos, planteo que las identidades sean inamovibles entre las personas, incluso, entre diversos espacios.

Un componente central del argumento que desarrollaré a lo largo de este trabajo es que las identidades, así como las relaciones de género, son construidas, negociadas y significadas por los hombres y las mujeres en diferentes momentos de su vida, ámbitos y situaciones de interacción social. Berger y Luckman (1968), por ejemplo, señalan que el origen de la identidad se da en la cristalización de las conductas, en la institucionalización de los comportamientos, la objetividad de los estereotipos, la historicidad de los valores y la legitimación de las normas; entonces, las identidades de género no están fijas sino en constante fluctuación de acuerdo con interpretaciones subjetivas de las personas. No en balde, Conger Lynd (1992), señala que la producción de la identidad es un proceso constante que puede cambiar en el tiempo de acuerdo a las maneras en que el género es representado a nivel social y es personificado en el sujeto.

Estrategia metodológica

En mi iniciación como *antropólogo inocente*, parafraseando el título de la obra de Barley (1997), no traté de vivir la vida de otras personas, pero sí conocerlas. Esto me trajo ciertas dificultades en mi trabajo de campo, como levantar sospechas por observar y registrar en una libreta, hacer preguntas sin conocer a la gente, o por decir que era de Tamaulipas, pero estudiada en otro estado de México (Michoacán). En todos los casos, a pesar de identificarme y mostrar mi credencial de elector que me acredita como tamaulipeco, las dudas fueron fehacientes y me hicieron pensar seriamente en la *otredad cultural* y la experiencia de la extrañeza (Krotz, 2002: 57).

Aún con las dificultades en campo y mis limitaciones como antropólogo, realicé este estudio etnográfico en la colonia Libertad, situada en Ciudad Victoria, capital del estado de Tamaulipas, al noreste de México. La Libertad es una colonia autoconstruida por hombres y mujeres mestizas que iniciaron un movimiento popular a principios de la década de los ochenta en demanda de viviendas y terrenos, muy similar a otros movimientos en México (Massolo, 1992). Una de las características más notables de esta colonia es la participación de las mujeres como militantes y lideresas del Partido Revolucionario Institucional (PRI); así como su ingreso al mercado de trabajo remunerado. Con una población de 8,821 habitantes para el año 2000 y alrededor de 15,000 para

el año 2015, hoy en día la Libertad es una colonia consolidada como asentamiento regular con servicios básicos, pero también un espacio local articulado con procesos sociales más amplios, por ejemplo, las crisis laborales y la violencia en el norte de México.

En la colonia gran parte de los hombres laboran como albañiles, mecánicos, obreros y choferes. La participación de las mujeres en el trabajo extradoméstico es común, algunas se desempeñan como empleadas domésticas, vendedoras de productos de belleza de Avón y Fuller, como pequeñas comerciantes en tiendas instaladas en sus viviendas y obreras; especialmente después de la firma del Tratado de Libre Comercio en 1994 cuando ciudad Victoria, al igual que otras ciudades de la frontera norte de México, fue el centro de interés económico de algunos inversionistas extranjeros. Actualmente, innumerables hombres y mujeres de diferentes edades y estado civil son obreros o técnicos en maquiladoras de capital norteamericano y asiático como Kemet, Delphi o Nieng Sing.

El trabajo de campo etnográfico consistió, inicialmente, en contactar a autoridades de la colonia, líderes y fundadores con el propósito de conocer la historia social de dicho asentamiento urbano-popular. Por otro lado, también entrevisté a informantes expertos (o clave) de la colonia, tales como líderes religiosos, directores de escuelas, maestros y trabajadoras sociales. Entrevistar a este tipo de informantes me permitió conocer más sobre las convenciones y relaciones de género en la colonia.

Originalmente mi intención fue seleccionar una “muestra aleatoria” de hombres y mujeres de dos rangos de edades para entrevistarlos. Sin embargo, tuve que abandonar esta idea, ya que me funcionó más la encuesta por “bola de nieve”, una técnica que consiste en pedir recomendación a un informante por medio de otro y así sucesivamente (Taylor y Bogdan, 1990: 109). De cualquier forma, la elección de mis entrevistados fue variada y terminé contactando a hombres y mujeres de diferentes edades, estado civil, trabajos, etc. Si bien elaboré un guión de entrevista, traté que mi estilo de entrevistar se viera menos como un interrogatorio y más como una charla.

El guión de la entrevista incluyó preguntas sobre el origen de las personas, trabajo, conyugalidad y paternidad para conocer la construcción y significados de las masculinidades. Traté que las entrevistas fueran amenas, compartía mis puntos de vista e incluso partes de mi vida con los entrevistados y, en varias ocasiones, las bromas y risas amenizaban. Así, me ganó la confianza de mis entrevistados (eso creo). Mientras que para algunos adultos era “el joven” que hacía un estudio sobre familias en la colonia, para los más jóvenes era “el güey” que hacía una tarea “pa’ la escuela”.

No solo entrevisté a hombres por el hecho de que parto de una posición relacional, e investigar a los hombres y las masculinidades requiere de analizar las ideas, experiencias y opiniones de las mujeres en relación con éstos (Gutmann, 2002: 102). En mi caso, entrevistar a las mujeres fue un excelente medio para saber más sobre los hombres que por ellos mismos, pero también algo complicado. Cuando le pregunté a una madre de familia si podía platicar con ella, me dijo que le era difícil, ya que la gente pensaba mal. Le pregunté por qué y me respondió: “¡Pues porque es hombre!, y se ve mal que hable con una mujer casada”. Las designaciones normativas de género salían a flote.

Para entrevistar y observar a los hombres y a las mujeres elegí diferentes escenarios. Las entrevistas fueron realizadas en donde los entrevistados decidían, especialmente las hice en sus casas, ya que así lo pidieron. Los lugares “públicos” (como la calle, el tianguis, etc.) normalmente fueron escenarios propicios para hacer observaciones distantes y/o participantes sobre los temas escabrosos como sexualidad y relaciones conyugales. En general, les aseguré a los entrevistados que su identidad sería respetada, por lo que los nombres presentados aquí son ficticios.

Cabrones y responsables: ¿identidades binarias?

Un domingo por la mañana asistí al tianguis –mercado al aire libre– de la colonia Libertad, donde podía encontrarse todo tipo de vendedores y vendedoras de electrodomésticos, ropa nueva y usada, trastes, comida, hasta vehículos estadounidenses. Mientras recorría los puestos, escuché que una mujer adulta, algo mortificada, le decía a otra: “Pues comadre, ya no lo aguanto, ¡es un cabrón!” La otra le respondió: “Pues ya déjelo, comadre”. Mi vocación como antropólogo dedicado

afloró y detuve el paso. “Es que ya se pasa, mire que llega borracho, con olor a perfume en el cuello, y ya no aguanto”. La otra mujer reiteró lo que dijo al inicio: “Pues si no es responsable, déjelo comadre”.

Tiempo después platicué con Mario, un joven amigo que hice en Ciudad Victoria. Le comenté de este caso y él solamente se rio y me dijo que me gustaba ser metiche. “Ya en serio –le repliqué: ¿hay hombres que son cabrones y otros responsables?” Mario se me quedó viendo y luego expresó: “Pues hay de todo, unos que son bien cabrones, pero también responsables con su mujer y sus hijos, o unos que nomás son unos cabrones, como yo” Mario enseguida se rio al ver mi cara de mayor confusión, pero su respuesta al menos me incentivó a pensar en un abanico de matices –y no binarismos- de las identidades masculinas en sectores urbano-populares del noreste de México.

Durante el trabajo de campo en la colonia Libertad, descubrí que hombres y mujeres construyen las identidades masculinas y las representan con dos clasificaciones populares: hombres *cabrones* y hombres *responsables*. Como antes señalé, no se trata de un sistema binario que sirva para separar a los hombres en dos casilleros; más bien son adjetivos que tanto hombres como mujeres utilizan para clasificar las prácticas cotidianas de los hombres. Como tal, son clasificaciones populares que se entrecruzan y complementan, asignándoles hombres y mujeres significados múltiples y contradictorios, mismos que oscilan entre convenciones de género, ideales, actitudes y comportamientos de los hombres ante otros hombres y mujeres.

En México, por ejemplo, el uso del término *cabrón* es muy generalizado. En diferentes regiones y contextos culturales del país, *cabrón* es empleado por hombres y mujeres como un adjetivo para etiquetar a algunos hombres resaltando en ellos ciertas cualidades que pueden ser vistas por ambos sexos tanto negativa como positivamente. Al menos en la colonia Libertad, ser un hombre *cabrón* tiene diferentes significados. Entre los hombres, ser un *cabrón* en esencia alude y enaltece la capacidad sexual y la conquista femenina; una noción bastante diferente a la que Pitt-Rivers (citado por Brandes, 1980: 90) descubrió en España. En su estudio *The people of the Sierra*, el autor señaló que la palabra *cabrón* es en muchos contextos el símbolo de la sexualidad masculina, aunque se refiere a hombres “cornudos”, es decir, hombres que son engañados por sus parejas.

Al menos en la colonia Libertad, el término *cabrón* no alude a esto último. Aunque, por otro lado, el término también es usado para referir a la hombría o bravura de hacer frente a cualquier reto o conflicto personal e interpersonal y a la habilidad para realizar alguna actividad o trabajo productivo. También habría que destacar que el término *cabrón* no solamente es usado como adjetivo (como hombre conquistador o mujeriego, valiente o bravo, hábil o diestro), sino también como sustantivo que hace referencia a un estado de ánimo causado por el enojo: estar encabronado.

Cuando las mujeres se refieren a los hombres como *cabrones*, aluden a cualidades que ellas consideran como negativas en ellos, tales como los comportamientos sexuales, agresivos, de vicio y de irresponsabilidad conyugal. Contrariamente, ser un hombre *responsable* es un ideal que evocan las mujeres, a la vez que reconocen y resaltan de las cualidades de algunos hombres como padres, parejas o esposos. Mientras que los hombres no evocan la categoría de *mujeres responsables*, algunas mujeres sí son consideradas por los hombres como *cabronas* cuando éstas se enfrentan con otros hombres y mujeres en situaciones conflictivas, o por el hecho de tener alguna habilidad social reconocida como saber negociar o lograr beneficios personales.

Ser un hombre *cabrón* es, entonces, una clasificación popular aparentemente opuesta a la de hombres *responsables*; sin embargo, esto no es así. Durante mi trabajo de campo etnográfico, descubrí que tanto las representaciones como las prácticas de hombres y de mujeres en la colonia Libertad, giran en torno a tres núcleos básicos: la sexualidad, el trabajo y la paternidad. Alrededor de estos núcleos, tanto hombres como mujeres construyen y significan las identidades masculinas, pero son identidades que oscilan entre ser un hombre *cabrón* y ser un hombre *responsable*, mismas que se observan a través de las convenciones sociales, actitudes y comportamientos de los hombres como amigos, padres y esposos en interacción social con otros hombres y mujeres.

Ser un hombre *responsable*, además, no solamente es una noción de referencia que especialmente las mujeres usan para medir o “juzgar” el comportamiento masculino en el ámbito doméstico (Bastos, 1998: 195), también es usado por los hombres y abarca el ámbito público: las actitudes y comportamientos de los hombres en diferentes espacios y posiciones culturales como amigos o *cuates* son medidas y clasificadas para construir, impugnar y negociar identidades y relaciones de género. Hombres *cabrones* y *responsables*, por lo tanto, son dos adjetivos y clasificaciones populares que se complementan y entrecruzan en las identidades masculinas, pero específicamente que se construyen sobre los núcleos de la sexualidad, el trabajo y la paternidad, como enseguida mostraré a través de un paisaje etnográfico.

El núcleo de la sexualidad masculina

En este apartado analizo brevemente el ejercicio de la sexualidad de hombres (y mujeres) y los significados que le asignan en diferentes ámbitos y situaciones de interacción social. Inicio con este tema porque, como señalé previamente, en mi trabajo de campo en la colonia Libertad descubrí que es uno de los núcleos sobre el que se construyen las identidades masculinas: después de todo uno de los significados de hombre *cabrón* alude a la sexualidad, pero también a la *responsabilidad*.

Un primer aspecto sobre el tema es el de la iniciación sexual de los varones. Entre algunos adolescentes que conocí en la Libertad, asistir a prostíbulos o *table dance* ubicados alrededor de la colonia o en el extremo de la ciudad era un recurso para pagar una mujer e iniciarse sexualmente. Sin embargo, no todos tenían las primeras relaciones sexuales con sexo-servidoras ni bailarinas de centros nocturnos. Como en otros contextos de la República Mexicana (Gutmann, 2000: 198) y de Latinoamérica (Viveros Vigoya, 2001: 65-68), algunos tuvieron su primera relación sexual con novias o con “amigas con derechos”, es decir, mujeres de su edad con las que entablaban juegos sexuales sin mediar compromiso alguno de noviazgo.

La iniciación sexual temprana de los adolescentes varones puede ser explicada, en parte, por los cambios bruscos que experimentan en esta etapa, ya que adquieren capacidad reproductiva y desarrollan el interés por el otro sexo (Luengo Ch., 2002: 87). Sin embargo, la iniciación sexual también marca el inicio del entretrejo de las identidades masculinas: hacerlo con una mujer o más recompensa a los adolescentes varones con la etiqueta de *cabrones* por parte de otros varones, aunque si sus padres se enteran pueden ser etiquetados de *irresponsables*. Por ejemplo, entre los adolescentes que conocí en la colonia Libertad, éstos expresaban que la soltería daba pie a ejercer su sexualidad (andar de *cabrón*) y tener relaciones sexuales. De lo contrario, podían ser acusados de *puñeteros*, es decir, de masturbarse ante la incapacidad de conquistar mujeres y tener relaciones sexuales; así como de ver productos pornográficos para llevar a cabo sus fantasías sexuales. No obstante, las presiones y críticas de amigos, algunos varones se abstendían de tener relaciones sexuales por temor a los embarazos o a las enfermedades venéreas. En su opinión, ello tenía una ventaja: eran responsables con su sexualidad y algunas mujeres lo reconocían, pero la desventaja era que serían estigmatizados por otros varones que sí eran *cabrones*.

A diferencia de los adolescentes varones, las mujeres que han tenido relaciones sexuales son criticadas por sus compañeros y compañeras por haber perdido la virginidad. Entre varones, aquellas mujeres que son vírgenes son etiquetadas de *quintitas* o *quinquirrinas*, lo que es valorado a la vez que objeto de deseo por ser alguno el primero en “desflorarlas”, es decir, penetrarlas. Mientras que entre los varones andar con varias mujeres significa ser muy hombre y un *cabrón*, una mujer que anda con muchos hombres es etiquetada de *puta* o *jaladora*. Ser una mujer *puta* significa, por un lado, ser sexo-servidora, y por otro, tener relaciones sexuales con varios hombres sin mediar pago alguno. Ser una mujer *jaladora*, por otra parte, es una clasificación de aquellas mujeres que, en la perspectiva de los hombres, son “fáciles” de convencer para tener relaciones sexuales.

Entre los varones adultos de la colonia Libertad, el tema de la sexualidad y las identidades masculinas más bien se articula con las relaciones extramaritales y la denominada “casa chica”. En la misma casa donde yo vivía en la colonia Libertad alquilaban cuartos dos mujeres. Erlinda, una obrera de 35 años, vivía con sus dos hijos, mientras que Adriana, también una obrera de 20

años, vivía con su pequeña hija. Nuestra rentera fue quien me informó que estas mujeres eran “casas chicas”, ya que no era *responsables* y por el contrario eran mantenidas por hombres con los cuales no estaban casadas. Sin embargo, la interpretación de la rentera respecto a estas mujeres como “casa chica” era cuestionable y sujeta a múltiples significados.

Con el tiempo me di cuenta que Erlinda seguía casada con un hombre del que se había separado hace algunos años. No obstante, Erlinda andaba con otra pareja. Toqué el asunto con Erlinda, quien me explicó que su esposo se había desatendido emocional y económicamente de ella y de sus hijos: “se volvió un irresponsable”, me confesó un día. Y aunque a la fecha seguían casados, él estaba unido con otra mujer que en opinión de Erlinda era “su casa chica” porque él era un *cabrón*. Para ella, andar con “otro” hombre era un derecho que tenía, puesto que ya nada la unía a su antigua pareja, “un papel no me va a amarrar a él”, expresó.

En lo que respecta a Adriana, en ocasiones la visitaba un hombre, según ella el padre de su hija, y se quedaba por la noche. Le pregunté a Adriana si era su esposo y me dijo que no estaba casada, que vivía en unión libre. En ocasiones observé que Adriana traía moretones en la cara y semanas después, el hombre dejó de ir. Sin embargo, posteriormente Adriana era llevada por otro hombre a la casa y, en su versión, era un amigo que le daba “un aventón” en su carro para que no se fuera en microbús. Una ocasión me encontré con este hombre y comenzamos a platicar. Un poco desconfiado me preguntó si yo estaba casado y le dije que no, aunque sí tenía pareja. Entonces él respondió: “Está bien, eso te da chance de andar de *cabrón*, la vida es corta”.

¿Estas mujeres representaban un ejemplo de casas chicas? O más bien, ¿el significado de la casa chica se entrecruzaba con otro tipo de relaciones extramaritales? ¿El hombre con el que hablé había hecho de Adriana y su hogar una casa chica? Si bien la casa chica para mujeres y hombres de la colonia Libertad no es un tema de discusión, el adulterio sí lo es, siendo considerable la tasa de divorcios/separaciones y uniones libres. Mientras que en el 2000, en la colonia Libertad, un 4% de los hombres y mujeres mayores de 12 años de edad declararon que su estado civil era separado o divorciado, siendo poco más las mujeres respecto a los hombres, y 11% vivían en unión libre; en la República Mexicana 3% y 10% se encontraban en el mismo estado civil respectivamente.

Durante mi estancia en la colonia Libertad, supe de varias mujeres que como Erlinda y Adriana eran divorciadas, separadas o vivían en unión libre y también de algunos hombres. La cuestión es que, según observé y me enteré, este tipo de relaciones conyugales eran más proclives a entrar en crisis y conflictos y, en consecuencia, las relaciones extramaritales eran comunes, especialmente por parte de los hombres.

Sin embargo, las relaciones extramaritales en la colonia Libertad no eran exclusivas de los hombres. Alfredo, un obrero soltero de 21 años, me comentó que en la maquiladora donde trabaja era común enterarse de mujeres casadas que engañaban a sus esposos con algún compañero de la planta. En la percepción de Alfredo, el comportamiento de estas mujeres era una forma de “desquite”, ya que algunos de los maridos también las engañaban. Si bien algunas se arrepentían de hacerles lo mismo, otras le decían a Alfredo que no tenían remordimientos. “Entonces, ¿algunas obreras son *cabronas*?”, le pregunté a Alfredo y me respondió: “Pues sí, si sus maridos lo son, ¿por qué ellas no?”.

Así, la supuesta naturaleza de los hombres hacia la conquista sexual y el engaño no se pone en entredicho (Amuchástegui, 1998: 115), y las mujeres, ya sea por “desquite” o por las relaciones sociales que entablan con otros hombres en el trabajo, incurren en prácticas sexuales similares a las de los hombres. Considero que la casa chica tiene mucho que ver con el adulterio y las aventuras sexuales, siendo una expresión ambigua con múltiples significados. Como práctica cultural, la casa chica es poco reconocida por hombres y mujeres de la colonia Libertad, sin embargo, es una expresión usada entre hombres para resaltar su capacidad de conquista sexual y de proveer dos hogares a la vez. En otras situaciones, la misma expresión es empleada por los hombres para perjudicar las relaciones conyugales de otros hombres.

Como he tratado de demostrar, las prácticas sexuales vinculadas a las relaciones extramaritales son confusas, entrecruzándose nociones como casa chica, adulterio e infidelidades. Así, los significados de esta son múltiples, ambiguos y contradictorios. Por otra parte, hay que destacar

que estas prácticas sexuales no son nada nuevas ni privativas de la poligamia urbana. Como lo plantea Weeks (1998): “la sexualidad no sólo es una fuerza natural reprimida por la sociedad, sino también, un dispositivo histórico que está involucrado en las formas de poder en las sociedades”.

El núcleo del trabajo masculino

Una tarde estando sentados en una banqueta, Manuel, un herrero de 47 años, me dijo que él había tenido varios trabajos antes de dedicarse a la herrería. “¿Y de todos los trabajos que ha realizado cuál es el que más le ha gustado?”, le pregunté, “¿Te soy sincero?”, me respondió, “Pues ninguno, no me gusta trabajar, lo hago porque hay que chambear, si no se muere uno de hambre, pero ninguno”. Consternado por su respuesta, le pregunté por qué pensaba eso. “A nadie le gusta trabajar, si por uno fuera no trabajaría, pero hay que hacerlo para vivir, los hombres tenemos que hacer de todo un poco”.

Claramente Manuel concibe el trabajo del hombre como una necesidad. *Chambear* es sinónimo de laborar; trabajar es una obligación de los hombres –aunque no les guste–, debiendo aprender múltiples formas de ganarse la vida trabajando. En la colonia Libertad, el trabajo es un núcleo en la construcción de las identidades masculinas, en especial porque es lo que define a los hombres como *responsables*, ya sea por el hecho de que se trata de un ritual o por el hecho de que permite la proveeduría. Los hombres entraron a trabajar por necesidad desde jóvenes (entre 9 y 17 años de edad) y ya en pareja consideraban que era “su” obligación sostener económicamente a la familia: ser un hombre proveedor o responsable. En este apartado abordaré las experiencias de trabajo de hombres y mujeres, así como los significados que éstos y éstas le atribuyen.

Ser trabajador o *chambeador* son adjetivos usados por hombres y mujeres para aquellos hombres que tienen un empleo remunerado y que cumplen con su deber de sostener económicamente a la familia. Trabajar es un elemento definitorio de las identidades masculinas, una actividad productiva que los hombres argumentan realizar por necesidad. A diferencia de los hombres campesinos coahuilenses que describe Alonso (1992), los hombres de la colonia Libertad no trabajan *por* gusto, ya que ser dependientes de otros hombres en su trabajo, así como cumplir con el deber de proveer para sobrevivir son dos elementos que impiden concebir el trabajo como una forma de recreación social que se haga por gusto sino por obligación, tal como lo declaró Manuel al principio.

Tanto para los hombres como para las mujeres, trabajar es una obligación de los hombres por ser hombres. Ser hombre –tomando en cuenta solo los genitales– predestina a los hombres al trabajo, ellos están obligados socialmente a trabajar, a fungir como proveedores, a demostrar su capacidad de cumplir con su deber de mantener económicamente a sus respectivas familias. Las convenciones sociales son fuente de presión –y representación personal– para los hombres. Tanto ellos como las mujeres internalizan la idea de que es deber de los hombres ser proveedores, de lo contrario, su desempeño como hombres *responsables* es cuestionado por otros hombres y mujeres.

Los más jóvenes expresaron haber empezado a trabajar vendiendo periódicos, comida, boleando, como ayudantes de albañil o choferes. Aquellos adultos que tienen una procedencia rural manifestaron laborar desde niños con sus padres en el campo. Así, los hombres desde niños supieron que tenían que trabajar, y lo aprendieron mediante procesos de socialización (Fuller, 2001 y Viveros Vigoya, 2001). Para los hombres, trabajar es una actividad que se realiza por necesidad. Varios crecieron en el seno de familias de escasos recursos, suspendieron sus estudios y empezaron a trabajar para contribuir a la economía familiar.

La experiencia de los hombres con el trabajo es variada. Así, cada uno se empleó en el trabajo que sabía hacer o en el que encontró. La mayoría ha tenido más de dos trabajos en su vida: ayudante de cocinero, albañil, vendedor de lotería, en talleres mecánicos, lavados de autos, como choferes, e incluso unos han tenido la experiencia de irse “pa’l otro lado” y laborar en el sector primario o en el terciario. Especialmente son jóvenes los que han tenido esta experiencia laboral en los Estados Unidos, como el caso de Antonio, quien actualmente se desempeña como obrero en una maquiladora.

Comúnmente los hombres adquieren los trabajos mediante redes de parentesco, compadrazgo o amistad. Así, amigos y familiares son personajes claves para que los hombres se informen de un empleo. En la colonia Libertad, varios hombres recurrieron a amigos que se encontraban ya trabajando o con familiares que los orientaron con quién recurrir a pedir trabajo. De la diversidad de trabajos, los hombres prefieren unos más que otros, especialmente por el ingreso que perciben, aunque también por el tipo de relación social que se da entre ellos y los patrones o entre ellos y los compañeros de trabajo. En algunos casos, los hombres han llegado a conflictos por el trabajo que desempeñan, ya sea por ser acusados por sus jefes de desleales o por diferencias entre ellos y los otros trabajadores que se encuentran en una posición laboral diferente.

Después de que Alfonso, un obrero de 27 años, laboró varios meses como ayudante en una carnicería, su patrón lo despidió acusándolo de robarse varios kilos de carne cada vez que podía. Alfonso declara que no lo hacía, que el verdadero motivo de su patrón fue que se acercaba fin de año y no deseaba darle los aguinaldos. Alejandro, un albañil de 44 años, comentaba que le han ofrecido contratos de construcción, asignándoles ayudantes para terminar más rápido la obra. Sin embargo, para él en ocasiones los trabajadores no hacían bien su trabajo y les llamaba la atención. Ante esto, ellos se molestaban y empezaban las discusiones. Para Alejandro, a sus ayudantes no les gustaba que les llamara la atención, sin embargo, él lo hacía sin ofenderlos, “aunque por dentro lo esté llevando a uno la fregada”, expresó.

Para los hombres entrevistados, si bien el trabajo es algo que hacen por necesidad y no por gusto, más que un medio de subsistencia el trabajo es un medio a través del cual logran aprender diferentes formas de ganarse la vida y de superarse a sí mismos como hombres. Por ejemplo, para Antonio, un obrero de 26 años, el trabajo tiene la siguiente importancia: “Pues al trabajar viéndolo bien se ayuda uno, y no trabajar pues está más limitado [...] pues yo me siento bien trabajando, o sea se siente uno bien como hombre porque, así uno trabajando aprende cosas y se puede ir superando entre más vaya aprendiendo”.

Para otros como Julián, un mecánico y soldador que empezó a trabajar desde los quince años como operador de una máquina desmontadora, el trabajo fue el medio a través del cual se hizo hombre con el apoyo de su padre: “A mí me benefició bastante porque siempre anduve con él [su padre], y haz de cuenta que con él me hice hombre, o sea en el trabajo porque él me enseñó a trabajar”. Para Julián, el trabajo introducía en un ritual de hombría por dos razones: porque lo haría responsable y porque lo dotaría de habilidades laborales: “Aquí usted debe aprender a chambear, me decía mi papá, para que sea responsable de usted o su familia; y si hace un trabajo lo va a hacer bien hecho”.

Visto así, el trabajo es un elemento clave y decisivo en la construcción de las identidades de género para los hombres, al igual que para las mujeres, tal como sucede en otras ciudades de México y Sudamérica. Al respecto, considerando aportaciones latinoamericanas respecto a los hombres y el trabajo, Gutmann (2001: 23) señala que “El trabajo es claramente el rasgo central y definitorio de la masculinidad para muchos hombres (y mujeres) en diferentes partes de las Américas, aunque debido a una multiplicidad de razones”. Al menos en contextos como la colonia Libertad, estas razones versan sobre la *responsabilidad* de proveer o de ser un *cabrón* haciendo un trabajo bien hecho, incluso, mejor de lo que otros hombres lo harían.

El núcleo de la paternidad

¿Qué significa ser padre? Más específicamente, ¿cómo se relaciona el hecho de ser padre con el de ser hombre para los hombres y las mujeres de la colonia Libertad? Mi propia experiencia como hijo con dos padres –el biológico y el de crianza– fue quizá un motivo para abordar la paternidad en la Libertad; además la identifiqué como uno de los núcleos de las identidades masculinas. Después de todo, ser padre en teoría implica ser un hombre responsable, aunque para algunas mujeres no todos los hombres lo eran, cayendo así en la etiqueta de *cabrones* por no cumplir con su paternidad.

Algunos teóricos de la “crisis de la masculinidad” como Clare (2002: 222) adoptan la posición radical que hoy día la paternidad más que ser una ayuda para las madres e hijos es una amenaza puesto que ser padre, como otras tantas funciones masculinas, es superflua; otros como

Montesinos (2002: 171) señalan que la paternidad está sujeta a transformaciones culturales, por lo que ésta requiere replantearse y dar paso a una paternidad más racional con relaciones familiares placenteras.

Sea una u otra cosa, al menos en colonias como la Libertad la paternidad es un núcleo de construcción de las identidades masculinas que se fragua desde que los hombres supieron que iban a ser padres. “¿Qué sintió cuando iba a ser padre por primera vez?” Le pregunté a Martín cuando fui a entrevistarlo a su casa. “Pues qué le dijera, es una alegría bien bonita ver a tu hijo, y más que nada verlo tu nacer, porque en el hospital te tienen allí esperando y ya te lo entregan, y ya aquí está, es un niño o es una niña, pero tú estás viendo cómo está naciendo... es una cosa hermosa”.

Para padres y madres de familia de la colonia Libertad, la experiencia del primer hijo fue un momento fundamental en sus vidas. Mediante las entrevistas que realicé, gran parte de los padres y madres señalaron que el primer hijo fue una experiencia emocionante, pero también significó una responsabilidad. Alfonso, un obrero de 27 años, me platicaba de su pequeño y único hijo, a la vez que me narraba lo que sintió cuando supo que “estaban embarazados”. Sentirse parte del embarazo para algunos hombres como Alfonso no se puede generalizar a todos; pero él no es el único que lo ha hecho público. En otras ocasiones me tocó escuchar especialmente a hombres jóvenes que aludían a “estar embarazados” o “nos embarazamos”. Posiblemente ciertos cambios socioculturales que operan generacionalmente han contribuido a nuevas relaciones sociales en lo que se refiere al embarazo, la maternidad y la paternidad.

El primer hijo o hija, para los hombres no solamente fue una experiencia emocionante: también constituyó el tránsito hacia ser visto como un hombre *responsable*. Su iniciación como padres, además de la responsabilidad económica que adquirieron, significó reafirmar su autoridad como hombres, ya que para ellos el ser padre significó ser una persona importante: el jefe de familia, la autoridad del hogar; mediante su trabajo y dinero proveerían a su familia, a su pareja e hijo/a. Sin embargo, algunos de ellos también contribuyeron a la crianza de los hijos desde que nacieron. Otros, por el contrario, no lo hicieron del todo, lo que en opinión de las mujeres los hizo ver como *cabrones*.

En las entrevistas que realicé con padres y madres las respuestas fueron contundentes en cuanto a una igualdad de las obligaciones de ambos: se centraban en el cuidado de los hijos satisfaciendo necesidades básicas como educación, alimentación y vestimenta, así como en la atención afectiva. Por ejemplo, Javier, vicepresidente de la Mesa de Padres de Familia de un jardín de niños, me respondió lo siguiente respecto a las obligaciones de la madre en comparación con las de los padres: “Yo siento que es lo mismo, es el mismo tipo de obligación, tanto del padre como el de la madre; en el ramo económico, sentimental y en todos los actos, hay que ser parejos”.

Para algunas de las madres a las que entrevisté, por ejemplo, algunos padres tenían poca o nula participación en algunas de las actividades de crianza o educación de los hijos. Los hombres, ellas decían, solían argumentar que no lo hacían porque trabajan y tenían poco tiempo para apoyarlas, o bien que sabían poco o nada respecto a cómo cuidar y atender a los hijos cuando éstos son pequeños. Es decir, actividades como cambiar pañales a los hijos, bañarlos y vestirlos eran consideradas por ellos como actividades *de* mujeres debido a una supuesta incapacidad *natural* masculina para realizarlas.

Sin embargo, afirmar que todos los padres no participan en actividades relacionadas con el cuidado de los hijos sería un error. Durante mis recorridos en la colonia Libertad observé que todos los días entre semana padres (varones) de familia llevaban a sus hijos al jardín de niños; los abrazaban en áreas públicas mientras las mujeres cargaban su bolso de mano; e incluso en algunas entrevistas varios señalaron que, cuando la esposa estaba embarazada, ellos se encargaban de bañar o hacer los biberones de los pequeños hijos, y esto era corroborado por sus esposas.

Aún cuando en la percepción de hombres y mujeres las obligaciones de padres y madres en el cuidado de los hijos no difieren; los testimonios de los entrevistados muestran variaciones en cuanto a la participación de los hombres como padres en el cuidado de los hijos. Para hombres y mujeres ser un hombre *responsable* incluye cumplir con obligaciones paternas que no se limitan a aportar dinero: tienen que involucrarse en el cuidado de los hijos. Así, declaraciones de algunos

autores respecto a la *ausencia general* de los padres en las actividades de crianza (Chodorow, 1984 y Ruddick, 1989, citados por Gutmann, 2000: 90) no necesariamente se ajustan a las experiencias y prácticas de *todos* los hombres-padres de la colonia Libertad.

Conclusiones

Las identidades masculinas –al igual que las femeninas– son ambiguas, contradictorias y con significados maleables y cambiantes. Son construidas tanto por hombres como por mujeres a lo largo de su vida y en diferentes ámbitos y situaciones de interacción social. Visto así, las identidades masculinas son una categoría relacional y encierran un proceso histórico y situacional (Viveros Vigoya, 2001: 53); no conforman un conjunto de atributos innatos y estáticos de los hombres.

En ciudades del noreste de México, al igual que en otros contextos socioculturales, hombres y mujeres parten de convenciones de género para guiar sus prácticas culturales cotidianas y representar las de los demás. Sin embargo, las convenciones constantemente son reinterpretadas y, por lo tanto, las actitudes y comportamientos de hombres y mujeres son variados. Así es como éstos construyen las identidades masculinas y las representan con dos clasificaciones populares: hombres *cabrones* y hombres *responsables*. Ambas clasificaciones se entrecruzan y complementan, asignándoles hombres y mujeres significados múltiples y contradictorios en su cotidianidad.

Como categorías analíticas, las clasificaciones populares de las identidades masculinas en este trabajo no surgieron de un enfoque teórico; son producto de un descubrimiento que hice como etnógrafo y posteriormente analista de las identidades masculinas en la colonia Libertad. Sin embargo, señalar que las referencias comunes a los hombres en la colonia –como *cabrones* y *responsables*– son dos tipologías de las identidades masculinas, constituiría un error; ya que ningún hombre de la colonia Libertad es representativo de una u otra clasificación.

Ambas clasificaciones son producto tanto de las convenciones de género de hombres y mujeres de la colonia Libertad, como de las prácticas culturales de los hombres en diferentes ámbitos y situaciones de interacción. Ser un hombre *cabrón*, al igual que ser un hombre *responsable*, tanto para los hombres como para las mujeres significa que los hombres incurran –o no– en ciertas prácticas culturales, pues los hombres pueden ser mujeriegos a la vez que afectuosos con su pareja e hijos, *parranderos*, pero proveedores en su hogar, agresivos en la calle, pero partícipes en la crianza de los hijos.

Dado que el género es un “sistema de saberes, discursos, prácticas sociales y relaciones de poder” (Castellanos Llanos, 2003: 48), las clasificaciones hombres *cabrones* y hombres *responsables* son construcciones sociales de los hombres y las mujeres de la colonia Libertad que tienen como propósito organizar las prácticas cotidianas de los hombres, valorarlas y calificarlas. Así, los núcleos sobre los que se construyen y significan las identidades masculinas –sexualidad, trabajo y paternidad– se relacionan con una noción de género relacional.

Más allá del aporte etnográfico local y regional para comprender las identidades masculinas, cabe resaltar que este trabajo también contribuye a la propuesta latinoamericana que plantea abrir nuevos horizontes teóricos al estudio de las masculinidades, es decir, explorar otras líneas de investigación sobre el tema considerando diversidades regionales; asimismo hacer una conceptualización original en lo que se refiere a la significación de lo regional para el estudio de las identidades masculinas, en contraposición a la idea de que éstas asumen expresiones nacionales únicas, es decir, que existe una identidad homogénea que define a todos los hombres (Fuller, 2001; Viveros Vigoya, 2003; Valdéz y Olavarría, 1997, 1998).

Dicha propuesta e indagaciones son importantes en contextos como el de México, ya que permiten desmitificar supuestas identidades masculinas homogéneas y nacionales, pues al menos en colonias del noreste del país como la Libertad, ser un hombre *cabrón* y *responsable* es tan ambiguo y contradictorio como son las identidades masculinas. Hoy día, lo que resulta más importante es reconocer que los significados culturales en torno a las identidades y relaciones de género son múltiples y están en constante fluctuación. Los hombres de la colonia Libertad, al igual que en otros contextos, no pueden ni deben encasillarse en una categoría social, ya sea como *cabrones* o

responsables, más bien habría que analizar lo que significa ser hombre para los hombres y las mujeres en diferentes tiempos históricos y biográficos.

Bibliografía

- Aguado, J. C. y Portal Ariosa, M. A. (1991). Tiempo, espacio e identidad social. *Alteridades*, 1 (2), 1-41.
- Alonso, A. M. (1992). Work and *Gusto*: Gender and Re-Creation in a North Mexican Pueblo. En Calagione, J.; Francis, D. y Nugent, D. (Eds.) *Workers' Expressions. Beyond Accommodation and Resistance*. Albany: State University of New York Press.
- Amuchástegui Herrera, A. (1998). Saber o no saber sobre sexo: Los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos. En Szasz, I. y Lerner, S. *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: El Colegio de México.
- Barley, N. (1997). *El antropólogo inocente*. Barcelona: Anagrama.
- Bastos, S. (1998). Desbordando patrones: el comportamiento doméstico de los hombres. *La Ventana*, No. 7, 166-224.
- Berger, P. L. y Luckman, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Brandes, S. (2004). *Estar sobrio en la ciudad de México*. México: Plaza y Janés.
- Brandes, S. (1980). *Metaphors of Masculinity. Sex and Status in Andalusian Folklore*. Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.
- Castellanos Llanos, G. (2003). Sexo, género y feminismo: tres categorías en pugna. En Tovar Rojas, P. *Familia, género y antropología. Desafíos y transformaciones*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Clare, A. (2002). *Hombres. La masculinidad en crisis*. Madrid: Santillana Ediciones.
- Conger Lind, A. (1992). Power, Gender, and Development: Popular Women's Organizations and the Politics of Needs in Ecuador. En Escobar, A. and Álvarez, S. E. *The Making of Social Movements in Latin America. Indentity, Strategy, and Democracy*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- Conway, J. K.; Bourque, S. C. y Scott, J. W. (1996). El concepto género. En Lamas, M. (Comp.) *El género: La construcción cultural de la diferencia social*. México: UNAM-Miguel Ángel Porrúa.
- Córdova Plaza, R. (2003). *Los peligros del cuerpo. Género y sexualidad en el centro de Veracruz*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Plaza y Valdés.
- Fuller, N. (2001). No uno sino muchos rostros. Identidad masculina en el Perú urbano. En Viveros, M.; Olavarría, J. y Fuller, N. *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Gutmann, M. C. (2002). Las mujeres y la negociación de la masculinidad", en *Nueva Antropología*, No. 61, 99-116.
- Gutmann, M. C. (2001). Introducción. En Viveros Vigoya, M.; Olavarría, J. y Fuller, N. *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Gutmann, M. C. (2000). *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*. México: El Colegio de México.
- Kimmel, M. S. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en Valdés, Teresa y José Olavarría (Eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago, Chile: Isis Internacional.
- Krotz, E. (2002). *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México: UAM Iztapalapa-Fondo de Cultura Económica.
- Lara Flores, S. M. (1991). Sexismo e identidad de género. *Alteridades*, 1 (2), 24-29.
- Luengo Ch., M. X. (2002). Sexualidad en adolescentes varones: Apuntes de la experiencia clínica y de investigación. En Olavarría, J. y Moletto, E. *Hombres: Identidad/es y sexualidad/es*. 3º. Encuentro de Estudios de Masculinidad/es, Santiago, Chile: FLACSO-Chile.
- Massolo, A. (1992). *Por amor y coraje. Mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- Minello Martini, N. (2002). Masculinidad/es: un concepto en construcción. *Nueva Antropología*, 28 (61) 11-30.
- Minello Martini, N. (2001). La masculinidad en México al fin del milenio. Tesis doctoral, Guadalajara, Jalisco: CIESAS-Occidente.
- Montesinos, R. (2002). *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Barcelona: Gedisa.
- Núñez Noriega, G. (2000). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. México: UNAM-PUEG y Miguel Ángel Porrúa.
- Ramírez Solórzano, M. A. (2002). *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. México: Instituto Jalisciense de las Mujeres-Plaza y Valdés.

- Scott, J. W. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Lamas, M. (Comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM-PUEG y Miguel Ángel Porrúa.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1990). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires: Paidós.
- Valdés, T. y Olavarría, J. (Eds.) (1997). *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago, Chile: Isis Internacional.
- Valdés, T. y Olavarría, J. (Eds.) (1998). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago, Chile: FLACSO-Chile.
- Viveros Vigoya, M. (2003). Perspectivas latinoamericanas actuales sobre la masculinidad. En Tovar Rojas, P. *Familia, género y antropología. Desafíos y transformaciones*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Viveros Vigoya, M. (2001). Masculinidades. Diversidades regionales y cambios generacionales en Colombia. En Viveros Vigoya, M.; Olavarría, J. y Fuller, N. *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Wainerman, C. (2002). La reestructuración de las fronteras de género. En Wainerman, C. (Comp.) *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de la Argentina.
- Weeks, J. (1998). La construcción cultural de las sexualidades. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de cuerpo y sexualidad? En Szasz, I. y Lerner, S. *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: El Colegio de México.
- West, C. y Zimmerman, D. H. (1991). Doing Gender. En Lorber, J. y Farrell, S. (Eds.). *The Social Construction of Gender*. New Bury Park: Sage.